

LILLO. Yo vengo con estas galas que envía el futuro esposo á mi sa Juana; un baúl queda abajo en el patín donde viene un faldellín de oro y damasco azul, que se le puede poner la mujer de un Monseñor; ropas de todo color, cuyas colas pueden ser cola canóniga, ó cola de una cátedra perdida de primavera florida; otra entera á la española. Probómela el sastre á mí, y aunque con barbas, me estaba tan pintada, que pensaba que con la suya nació. Tanto, que un gato arañable, viendo mi tallazo y brío, dijo enamorado: «mío», que fué un requiebro notable. En fin: tantas galas vienen, que cual novia se engreía la mula que las traía. Parte dellas se contienen en este tal canastillo ó azafate; vuesarcé rompa muchas, porque dé estrenas al señor Lillo.

JUAN. Yo, Lillo, os las quiero dar en nombre de Juana, mi hija; recibid esta sortija.

LILLO. Déjete el cielo gozar y ver choznos que á la puerta te saquen, y á los reflejos del sol dejes nietos viejos.

JUAN. Hija, porque se divierta tu pena, las galas mira que tu esposo te ha feriado; que no hay tan grande cuidado en la que llora ó suspira, ni con el gozo se iguala de ver una gala nueva, porque no hay tristeza á prueba del mosquete de una gala.

MATEO. Mucho á Francisco Loarte debes, sobrina querida; el ser desagradecida es crueldad.

JUAN. Quiero dejarte sola, que así mirarás en la razón, que es tu espejo, cuán bien te está mi consejo y alegre le cumplirás.

SANTA. ¡Ay de mí!

JUAN. ¿No vienes, Lillo?

LILLO. Cuando el sí nos hayan dado, vendrá ya más recatado que capa en el baratillo.

(Vanse, dejan las galas.)

ESCENA III

Queda LA SANTA sola.

Bien acompañados quedan los males en que me fundo

entre las galas del mundo; mas no hará (por más que puedan) mella en el bien que acaudalo, pues por malas os señalo, y alas que nos dais veneno, decid lo que tenéis bueno, diré lo que tenéis malo.

(A los chapines.)

Vengamos al fundamento sobre que el mundo fabrica la máquina que edifica entre sus torres de viento. ¡Miren sobre qué cimienta labra la hermosura humana su presunción loca y vana! ¿Esto á la mujer no avisa que, si sobre corchos pisa, por fuerza ha de ser liviana? Con corcho el mundo os engaña, hermosuras españolas; ved cuál os traerán sus olas en corchos si sois de caña. Loca soberbia de España que el mundo has vuelto al revés, ¿con plata, que es tu interés, coronas chapines vanos? ¿Lo que afanaron tus manos es bien que pisen los pies? Libreme el cielo de estado donde, como el indio necio, he de dar el oro á precio de corcho y papel pintado. Lástima tengo al casado, que si es su honor la mujer y en corchos la ha de traer, peligrosos son sus fines, porque honor sobre chapines á pique está de caer.

(A las cadenas.)

Cadenas, si causa penas vuestro aparente tesoro, hierro sois, que no sois oro, pues yerra quien no os condena. Si hay prisión donde hay cadena y la prisión siempre es mala, ¿quién por buenas os señala? Vestidos que en el delito de Adán fuisteis sambenito, ¿del sambenito hacéis gala? ¡Ay Dios, que en tal cautiverio mi padre aflagirme trate! El mundo es mar que combate con alas de vituperio. Nave será un monasterio si el cielo el paso me allana. Galas viles, no soy vana de vuestras galas, mi Dios, me adornad y vestid vos.

(Caen las galas abajo, saliendo en su lugar un hábito de monja de San Francisco.)

VOZ. (Dentro.) Estas son mis galas, Juana.

SANTA. ¡Ay cielos! ¿Qué es lo que he visto? Una voz divina oí y un saco pobre está aquí. ¿Cómo el contento resisto? Estas son galas de Cristo

y de Francisco librea, Santo en quien Dios hermosea las llagas con el carmín, que el alado Serafín en vuestras carnes emplea. Con tan soberana gala, ¿qué hermosura no tendrá el alma que os sigue ya y por vuestra se señala? Este cordón será escala con que desde el alboroto del mundo el cielo, aunque ignoto, y su gloria meta á saco, que aunque está roto este saco no le echaré en saco roto. El monasterio sagrado de la Cruz, Francisco mío, es vuestro y en él confío escapar del mundo á nado; ya el cómo y cuándo he pensado, aseguradme el camino, Seráfico peregrino, que dándome vos favor hoy tiene de hacer amor un disfraz á lo divino.

(Vase y lleva el hábito.)

ESCENA IV

Salen MARCO ANTONIO y LUDOVICO.

LUDOVIC. Infórmate tú mejor, que hoy lo he venido á saber.

MARCO. ¿El hijo del mercader?

LUDOVIC. ¿El estudiante Melchor?

LUDOVIC. Ese fué el mismo que viste saltar la noche pasada de tu casa ya escalada la pared.

MARCO. ¿A quién lo oíste?

LUDOVIC. A quien ha visto rondalle (hechos de tu agravio jueces los vecinos muchas veces) estas puertas y esta calle. Pues no sabe que has venido nadie á Toledo, tu agravio puedes vengar como sabio antes de ser conocido. Aguárdale hasta que salga á rondar como acostumbra, cuando al Indio el sol alumbrá, y entonces, sin que le valga fuerza ni industria, podrás dándole muerte vengarte y luego á Madrid tornarte, desde donde volverás dentro de un mes á Toledo, fingiendo que entonces llegas de Sevilla.

MARCO. ¡Ay, honras ciegas, que siempre os combate el miedo! Dime: ¿no será mejor darlos muerte juntos?

LUDOVIC. Eso será pregonar su exceso. En cosas de honra, señor, por menos inconveniente

se tiene el disimularlas que, por vengarse, sacarlas al qué dirán de la gente.

MARCO. Eres, en fin, más discreto que yo; buena es tu cautela. Muera el que mi afrenta vela y esté mi agravio secreto. Ven, y templarán mi furia tu presencia y mi esperanza, que no hay bastante venganza cuando es pública la injuria.

(Vanse.)

ESCENA V

Salen MELCHOR, JULIO y FABIO.

MELCH. ¿Hay tormento como un viejo, Julio, para un hijo mozo? Si esta noche no la gozo la mejor ocasión de gozar que el amor me puede dar.

JULIO. ¿Viviese Marcela allí adonde fué Troya?

MELCH. Si.

JULIO. Pues bien, ¿y hemos de tornar á saltar tapias huyendo de la justicia?

MELCH. Eso fué una vez.

JULIO. De allí quedé escarmentado. No entiendo que nos conviene; Melchor, busca en Toledo otra dama, que peligra así la fama y honra de doña Leonor, que vive junto á su casa, y piensa la vecindad que rondas más su beldad que á Marcela.

MELCH. Ponme tasa.

JULIO. Si sucediese saltar otra vez por sus paredes, y te vieran, ¿cómo puedes después, Melchor, restaurar el nombre y reputación que en dos años ha adquirido ausente de aquí el marido?

MELCH. Comiéncame á hacer sermón. Yo cumpliré el gusto mío; tema, Julio, el que es cobarde; mi padre se acuesta tarde después que está aquí mi tío, y á mi prima intenta dar nuevo estado y nuevo dueño. Vestiréme al primer sueño, que aunque me obliga á acostar dentro su mismo aposento desde que mi inquietud sabe, de la puerta tengo llave. Fabio, por darme contento, en la sala más afuera podrá dejarme el vestido de color.

JULIO. Tú estás perdido.

MELCH. Podré, en fin, desta manera, sin que mi padre lo sienta,

salir en tu compañía,
si gustas.

JULIO. Yo gustaría
que comieses sin pimienta
esta trucha salmonada.

MELCH. Julio: eso ya es flaqueza.

JULIO. Quiébrate tú la cabeza,
que debes tener guardada
otra en el arca.

MELCH. Yo iré
con aviso.

JULIO. Y yo contigo.

MELCH. Fabio: el vestido que digo
esta noche.

FABIO. Así lo haré. *(Vanse.)*

ESCENA VI

Salen Doña LEONOR y CELIA, criada.

LEONOR. ¿Mi esposo en Toledo?

CELIA. Así
me lo han dicho.

LEONOR. Loca quedo;
¿Marco Antonio está en Toledo?
¿Mi esposo, sin verme á mí?
¡Ay, cielos, qué puede ser!
No, Celia; mentira ha sido.
Yo así lo hubiera creído
si no hubieran visto ayer
á Ludovico, señora.
¿No ha un mes que desembarcó
en Sevilla y te escribió
que vendría por ahora?
Pues quien le vió en la ciudad
bien le conoce.

LEONOR. ¡Ay de mí,
Celia, si eso fuese así!
Alguna gran novedad
sin duda debe de haber.
¡Ay sospechas! vuestro miedo
comienza. ¡Que esté en Toledo
y no vea á su mujer!
¿No era doña Leonor
de su honesto amor la fragua?
Mas ha pasado mucha agua
y habrase anegado amor.

CELIA. ¿qué puede ser esto?
Según lo que ha sospechado
quien el recato ha notado
con que anda, es manifiesto
que alguna mujer le hechiza
en Toledo.

LEONOR. ¡Ay, amor ciego!
Apagó el mar vuestro fuego,
llevóse el viento en ceniza
el rescoldo que su fe
prometió conservar vivo.
¡Pobre de mí, que recibo
celos de lo que aún no sé!—
Celia: á mí me importa hablar
aquese hombre.

CELIA. ¿Para qué?

LEONOR. Dél dónde acude sabré
mi esposo, y en qué lugar
vive esta Leucote nueva
de quien soy, Celia, celosa.

CELIA. No será difícil cosa
hablarle.

LEONOR. Ven y haré prueba
del fiero mal que me abrasa,
que si vivió con sosiego
mi fe, los celos son fuego
que echan al dueño de casa. *(Vanse.)*

ESCENA VII

Sale la SANTA vestida de hombre.

La esposa que en los cantares
herida de vuestro amor
(divino esposo y señor)
por tan diversos lugares
os busca, me hace atrever
á que, disfrazada en hombre,
ni el ser de noche me asombre,
ni el temor que en la mujer
es natural, la ley guarde
del miedo que ya he rompido,
porque amor hace atrevido
el animal más cobarde.
Casarme quieren, mi Dios,
siendo cosa reprobada
el ser dos veces casada
y siendo mi esposo vos.
Ya conozco vuestros celos,
no os los quiero, mi Dios, dar;
mi padre quiero dejar,
que con humanos desvelos
me impide el bien que publico,
y por un mortal esposo
un divino y poderoso
me quita inmortal y rico.
Sólo vuestro amor me cuadre,
que si á mi padre dejé,
en vos, mi Cristo, hallaré
Rey, Señor, Esposo y Padre.
El vestido de mi primo
en hombre me ha disfrazado;
la diligencia y cuidado
importa, ya que camino,
y del sol la clara luz
á la noche ha dado treguas.
No hay más de cinco ó seis leguas
desde Toledo á la Cruz,
donde el instituto santo
del Seráfico pastor
tiene de abrazar mi amor.
Vamos, pues; mas ¡ay, qué espanto!
Grillos me pone á los pies.
¿Qué dirá el mundo de mí?
Si me sigue y halla así
mi padre, ¿creerá después
que servir á Dios ordeno,
ó que con tan nuevo traje
voy á afrentar mi linaje
roto á la vergüenza el freno?
¿Qué dirán los que en tal talle
tuvieren de mí noticia?
¿Y qué dirá la justicia
si así me topa en la calle?
Honra: ¿qué dirán de vos?
Mas ¿por qué mi temor fundo
en el que dirán del mundo

si el mundo dejo por Dios?
No seré yo la primera
que con varonil vestido
busqué á Dios; otras ha habido
que abrieron esta carrera.
Una Eugenia en traje de hombre
su casa y padres dejó,
y con los monjes vivió,
mudando en Eugenio el nombre;
de modo, que de su vida
es la mía imitadora.
¿No fué una santa Teodora
por hombre también tenida,
hasta que después de muerta
el mundo la conoció?
¿Por qué he de ser menos yo?
Cerraré al temor la puerta,
que el amor haga esta hazaña.
En Hazaña me dió el ser
Dios: hazañas he de hacer;
mas ¡ay cielos! ¿si me engaña
mi loca imaginación?
Una mujer que es espejo
de su honor, sin más consejo,
sin más consideración,
¿tiene de dejar así
su fama? ¿No puedo yo
ponerla á riesgo? Sí... no...
pues... volveréme... no... sí...
Y si mi padre me casa,
¿heme de ir de noche obscura?
Ésta es gran desenvoltura;
Juana, volvamos á casa.
Poco importa que te ensayes,
amor, pues no te resuelves.

(Quiere entrarse y detiénela el Angel de la Guarda.)

ANGEL. Tente, Juana. ¿Dónde vuelves?
Esfuérzate, no desmayes. *(Vase.)*

SANTA. ¡Jesús! qué notable fuerza
sin ver á nadie he sentido
que la vuelta me ha impedido!
La voz sonora me esfuerza;
ánimo cobro ya nuevo.
Eterno esposo, ya os sigo,
que, pues os llevo conmigo,
suficiente guarda llevo. *(Vase.)*

ESCENA VIII

Salen MARCO ANTONIO y LUDOVICO de noche.

MARCO ANTONIO.
Si saliese de noche, Ludovico,
el adúltero infame que me afrenta,
verás de mis agravios la venganza
satisfecha en mi honra mi esperanza.

LUDOVICO.
No creyera jamás lo que la noche
que vimos dar asalto á tu honra y casa
sucedió.

MARCO ANTONIO.
Amigo, allí mi honor se abrasa.

LUDOVICO.
Toledo al menos á tu esposa llama
Penélope española en esta ausencia.

MARCO ANTONIO.
No han hecho como yo ellos la experiencia.

LUDOVICO.
Bien puede ser que mi señora ignore
sus injurias, y dé alguna criada
al que te agravia así en tu casa entrada,
que á ser doña Leonor mujer liviana,
saliera tu enemigo por la puerta,
pues sin saltar pared la hallara abierta.

MARCO ANTONIO.
¿Cómo puede eso ser, si al saltar dijo:
«Por Dios, que es bella moza, y que el marido
dejó á riesgo un buen talle?» Estoy perdido.
Aquí, amigo, cualquier discurso cesa;
no hay disculpa bastante; Melchor muera,
que sola esta disculpa mi honra espera.

ESCENA IX

Salen Doña LEONOR de hombre y DECIO como de noche.—Dichos.

Doña LEONOR.
Desde el mesón donde encubierto posa
le sigo recelosa de mis daños,
que amor todo es engaños. Decio amigo,
á la paga me obligo del cuidado
y aviso que me has dado.

DECIO.
En esta casa
vive por quien se abrasa, que esta tarde
hizo su amor alarde, preguntando
quién la honraba habitando estas paredes.
(Señala á Marco Antonio.)
Tu Marco Antonio es, puedes por tus ojos
ver claros tus enojos y recelos.

Doña LEONOR.
¿Que este es mi esposo? ¡Cielos! ¿Desta suerte
mi amor se paga? ¿Es muerte al fin la ausencia?
Ya miro la experiencia de mis daños;
firmeza de dos años combatida
de la ocasión, ¿se olvida deste modo?
Decio, piérdase todo. *(Da voces.)*

DECIO.
No des voces.

Doña LEONOR.
Si mi rabia conoces, ¿qué te asombras?
Noche: que en viles sombras favoreces
traidores, bien pareces que te abscondes
del sol, pues correspondes á quien busca
la obscuridad que ofusca obligaciones.
Estrellas: que á ladrones dais amparo;
cielo con el sol claro que está ausente;
luna: un tiempo creciente, ya menguante,
á su amor semejante en la mudanza;
paredes: que en venganza de la fama,
con que el mundo me llama roca firme,
¿queréis por afligirme que os adore,

mi esposo, porque os llore quien os mira, calles en quien ya tira mi locura piedras, que piedra dura no enternece el mal que me enloquece? Gran Toledo, en cuyos libros quedo eternizada por noble, por honrada, por columna del honor. Cielos, luna, sol, estrellas, paredes, rejas bellas, calles, puertas, mis sospechas son ciertas, mis recelos, mis tormentos, mis celos no hay sanarlos; cosa es el aumentarlos ya forzosa.

DECIO.

¡Señora!

DOÑA LEONOR.

Ved si es cosa que se calle, cuando ronda la calle donde habita quien mi tormento incita; ved si el hombre es bien que tenga de mudable el nombre.

MARCO ANTONIO.

¿Qué voces serán éstas? ¿No es Leonora la que se queja, llora y grita, cielos? ¿Si llora infames celos del que ha sido mi deshonra? Perdido estoy, ya es cierta mi sospecha. ¿A su puerta y á tal hora dando voces Leonora? Amigo, muera quien me ha ofendido.

LUDOVICO.

Espera.

MARCO ANTONIO.

El cadahalso será esta calle.

DOÑA LEONOR.

¡Ah falso! ¿Esto has traído de las Indias que han sido tu Leteo? Con sus bárbaros veo que recibes sus ritos. ¿Qué caribes han trocado aquel amor pasado, que envidiaban cuantos la paz miraban, en que unidos, ejemplo de maridos Marco Antonio eras y testimonio? Pero miente quien tal afirma, y siento que aquél era acero. Tú eres cera y frágil caña. ¿Tú en España, en España? ¿Tú en Toledo sin ver tu casa, y puedo persuadirme que eres amante firme?

MARCO ANTONIO.

¡Ah, vil mudable! Nombre de variable me das, cuando por verte, atropellando inconvenientes tantas provincias, gentes, tantos mares pasaron mis pesares; cuando, ingrata, al Potosí su plata, al mar sus perlas hurté, para ofrecerlas á tu gasto, viniendo al tiempo justo de dos años (que son destos engaños larga tasa) y llegando á mi caso vi...

DOÑA LEONOR.

¿Qué viste?

MARCO ANTONIO.

Que con tu fama diste y casto nombre en tierra. Vi que un hombre con un salto

de una pared, dió asalto á mi sosiego; vi que se alabó luego haber triunfado de ti y de mi cuidado. A tus paredes preguntar quién es puedes, quien procura entrar de noche obscura; mas si agora á sus puertas, traidora, te he cogido, ¿por qué á mi enojo impido la venganza?

DOÑA LEONOR.

¿Disculpas tu mudanza de esa suerte? Esposo ingrato, advierte que en defensa de mi fama no piensa mi respeto mostrásete sujeto, aunque te llame mi marido. El infame que dijere (séase quien se fuere) que mi casa los límites traspasa que el honesto amor en ella ha puesto, y que por obra ó pensamiento cobra detrimento mi fama, miente.

MARCO ANTONIO.

¿Miento yo que he visto tu liviandad?

DOÑA LEONOR.

Si asisto en este traje no es por hacer ultraje á lo que debo. Decio diga si es nuevo en mí este exceso, que por tal le confieso. Yo he sabido que á Toledo has venido (aunque encubierto) por los amores muerto de una Circe (que así puede decirse quien te abrasa), y viendo que tu casa así olvidabas y á mí me despreciabas, te he seguido con Decio, que ha sabido tus quimeras. Si disculparme esperas con culparme, armas tengo; vengarme en ti confío, que por el honor mío, al propio esposo mataré.

MARCO ANTONIO.

¡Ay, engañoso cocodrilo! las riberas del Tajo has vuelto en Nilo.

ESCENA X

Salen JULIO Y FABIO.—DICHO.

FABIO.

Dejéle como digo en el retrete de la sala de afuera aderezado el vestido que saca cada noche; levantóse, y buscándole, no pudo hallarle, ni yo sé quién le ha tomado; en fin, que se volvió á la cama haciendo extremos y locuras de un furioso.

JULIO.

No vi en mi vida cuento más donoso.

MARCO ANTONIO.

Leonora: aquí no bastan las disculpas; Ludovico lo vió, no hay engañarse tantos ojos. Melchor, el estudiante hijo del mercader, por tus paredes entra de noche y sale; esto es sin duda.

JULIO.

¿Quién nombra aquí á Melchor? Escucha, Fabio.

MARCO ANTONIO.

Hoy moriréis los dos.

JULIO.

En el engaño he caído. Melchor fué venturoso en que le hurtasen el vestido, y este es de doña Leonora esposo caro, que ya ha venido de Indias, y la noche que en casa de Marcela la justicia le obligó á que saltara sus paredes, nos vió sin duda; miren si saliera Melchor, ¡cuán venturoso hubiera sido!

FABIO.

Dióle la vida quien le hurtó el vestido.

JULIO.

Desengañarle, Fabio, es lo que importa. ¡Ah caballero! ¿Hay paso seguro?

MARCO ANTONIO.

Si dice antes el nombre.

JULIO.

Que me place.

Julio me llamo y es un grande amigo del señor Marco Antonio.

MARCO ANTONIO.

No hay ninguno aquí con ese nombre.

JULIO.

Yo lo creo,

pues por sí ó por no, desengañaros quiero de una sospecha que os aflige. Melchor (de quien tenéis esos recelos) no os ha ofendido, ni hay en toda España quien se atreva á rendir la fortaleza que vuestra esposa bella ha conservado el tiempo que en Toledo os lloró ausente. Lo que ha pasado es esto: Melchor trata con una dama que pared en medio de vuestra casa vive, cuyo nombre es Marcela. Una noche tuvo aviso la justicia que estaban los dos juntos; entró á buscarlos y Melchor subióse á una azotea, desde donde viendo que le seguía un alguacil, fué fuerza saltar un tejadillo vuestro, y luego del á la calle. Examinad si es cierto del alguacil Ayuso, y dad mil gracias á Dios y á vuestra esposa que merece otro nombre mejor del que os parece.

MARCO ANTONIO.

Amigo Julio: ¿es cierto lo que dices?

JULIO.

Yo acompañé á Melchor aquella noche.

MARCO ANTONIO.

Quitó á mi amor tu aviso las tinieblas de celos que eclipsaban mi sosiego. Como el que duerme y tiene pesadilla, desde que entré en Toledo, Julio, he estado; despertáteme; en fin, ya he sosegado. Dame esos brazos, cara y dulce esposa,

y echemos á los celos esta culpa, que no en balde los pintan con un ojo, y el otro ciego, porque vean á medias y engañan como á mi me han engañado.

DOÑA LEONOR.

Ya todo lo daré por bien empleado.

ESCENA XI

Sale UN CRIADO.—DICHO.

CRIADO.

¡Gran desgracia!

MARCO ANTONIO.

¿Qué es esto?

CRIADO.

Fabio.

FABIO.

Amigo.

CRIADO.

Juana, sobrina del señor, la hija de Juan Vázquez, aquella que en Hazaña tantas señales dió de virtuosa, esa falta de casa.

FABIO.

¿Cómo?

CRIADO.

Viendo

que la forzaba el padre á que tan niña se casase, esta noche se ha ausentado, y á lo que dicen disfrazada de hombre; porque el vestido que Melchor tenía de color, no parece.

JULIO.

Eso es sin duda,

y hale valido el dar al primo vida, que á dejarle, ya estuviera muerto.

CRIADO.

Su padre está sin seso, su tío loco, y todos imaginan que se ha ido al monasterio de la Cruz, dos leguas de Illescas, á ser monja, que así dijo lo había prometido.

FABIO.

Pues ¿qué intentan?

CRIADO.

Todos van en su busca.

FABIO.

Y yo ¿qué aguardo?

JULIO.

Extraordinarias cosas hemos visto en breves horas.

MARCO ANTONIO.

Vamos, Julio, amigo, á mi casa, que quiero regalaros

y que sepáis por experiencia el gusto que causa amor después de largos celos.

JULIO.

Como el sol tras las nubes en los cielos.

(Vanse.)

ESCENA XII

Salen FRANCISCO LOARTE y LILLO de camino.

LILLO. La alegre conversación facilita la molestia del camino; hablemos, pues, que aunque no hay más de seis leguas de aquí á Toledo, me cansa el verte que en todas ellas por contemplar á tu esposa no has despegado la lengua.

FRANC. ¡Ay! que estas seis leguas, Lillo, me han parecido seiscientas, según el amor da prisa al alma que nunca llega.

Mas ya que en conversación quieres que las entretenga, vuelve otra vez á contarme de mi esposa la belleza, cuando las joyas la diste y la sabrosa respuesta que te dió su viejo padre, ya que la casta vergüenza de mi Juana enmudeció.

LILLO. De todo te he dado cuenta dos veces.

FRANC. No seas pesado.

LILLO. Contarételo quinientas. Llegó la señora mula con su badulaque á cuestras y el señor Lillo á las ancas hasta la espaciosa vega. Apeóse allí mi merced, y cuando llegué á la puerta de Visagra, alcé los ojos y vi el aguilucho en ella con sus dos cabezas pardas, y haciendo una reverencia dije: salve, pajarote de toda rapiña reina. Entré por la calle arriba y á poca distancia, cerca de un barbero, vi una casa que, aunque algo baja y pequeña; el olor que despedía me confortó de manera que me obligó á preguntar si algún santo estaba en ella. Respondióme uno: aquí vive San Martín. Hinqué en la tierra las rodillas y creí sin duda que era su iglesia. Todo un Domingo de Ramos vi encima de una carpeta á la entrada, y dije: aquí fiestas hay, pues ramos cuelgan. Entré muy devoto dentro, vi mil danzantes en ella de capa parda bailando,

ya de pies, ya de cabeza. Estaba sobre un tablero una gran vasija llena de agua con muchas tazas; lleguéme allá, pensé que era pila del agua bendita, metí la mano derecha mojando el dedo meñique y salpiquéme las cejas. Estaba allí una mujer más gorda que una abadesa, cura de aquella parroquia una sobrepelliz puesta ó devantal remangado, y recogiendo la ofrenda dada al San Martín divino que estaba sobre una mesa, y debía de haber dado á otro pobre la otra media capa, porque estaba en cueros, dijo la mujer: ¿No llega, hermano? Ya voy, la dije.

Saque de la faldriquera medio real (que no doy menos en limosnas como aquéllas) y tomando una medida me dió de sus propias venas San Martín la blanca sangre que hace hablar en tantas lenguas. Proseguí con mi camino. Saldrias de la taberna como sueles.

FRANC. ¿Cómo suelo?

LILLO. Calzadas con cinco suelas las tripas, en fin, llegué en cas de tu suegro.

FRANC. Espera.

LILLO. ¿Qué hay de nuevo?

FRANC. A pie y corriendo me parece que se acerca un muchacho hacia nosotros.

LILLO. Pues bien: ¿será cosa nueva ver correr á un caminante?

FRANC. No, mas la sangre me altera su vista.

LILLO. Pues ¿qué imaginas?

FRANC. Nada; sepamos qué priesa le obliga á que así camine.

LILLO. Sepamos en hora buena.

ESCENA XIII

Sale LA SANTA vestida de hombre. — DICHOS.

SANTA. Mi Dios: alas me habéis dado con que como el alma vuela, el cuerpo que de los lazos del mundo se desenreda.

No siento cansancio alguno; pero quien el yugo lleva de vuestra ley, Cristo mío, no se cansa, que no pesa.

FRANC. ¡Válgame el cielo! ¿qué veo? Lillo: ¿mi Juana no es ésta? Sí, que el retrato del alma su imagen me representa.

ESCENA XV

Salen JUAN VÁZQUEZ y JUAN MATEO. — DICHOS

JUAN. Primero que monja sea bañaré estas canas blancas en la sangre de sus venas.

MATEO. Todo esto merece, hermano, quien quiere casar por fuerza sus hijas.

JUAN. O ha de hacer lo que yo la mando, ó muera, pues no obedece á su padre.

MATEO. Si por Dios los hombres deja, ¿quién la podrá persuadir á casarse?

JUAN. La obediencia.

FRANC. ¿No es éste Juan Vázquez, Lillo?

LILLO. Juan Vázquez parece; llega y agárrale, no se vaya, que el diablo se regodea con nosotros y se burla.

JUAN. ¡Hijol!

FRANC. Señor.

JUAN. Si deseas cobrar tu esposa, mis pasos sigue.

FRANC. ¡Ay Dios!, pues ¿quién la lleva?

JUAN. El deseo de ser monja le dió atrevimiento y fuerzas para disfrazarse de hombre. En la Cruz tomar intenta el sayal de San Francisco, mas no hará lo que desea mientras mis miembros cansados tengan vida. Ven, ¿qué esperas?

FRANC. No ha un instante que la vimos Lillo y yo de esa manera.

JUAN. ¿Cómo no la detuvistes?

LILLO. Jugó á la gallina ciega con nosotros, y acogiósese invisible.

MATEO. En su defensa lleva á Dios, ¿qué mucho?

JUAN. Vamos.

FRANC. ¡Ay, Lillo, mi muerte es cierta! (Vanse.)

ESCENA XVI

Sale LA SANTA de hombre.

Esta es la casa divina de la Cruz, en testimonio que la cruz del matrimonio que darne el mundo imagina menosprecio por la luz que la cruz de Dios me da, y así mi nombre será de hoy más Juana de la Cruz. Vuestras paredes sagradas beso, casa santa y rica, pues dentro de vos fabrica las piedras vivas labradas Dios, á poder de las llamas que el mundo en mi pecho ha visto, porque aquí tiene mi Cristo el cuarto real de sus damas.

LILLO. Yo ser tu esposa jurara, á no tener por quimera que mujer tan recogida á tal locura se atreva.

FRANC. Mi querida esposa es, Lillo, prenda de mis ojos bella.

¿Adónde vais de ese modo?

SANTA. ¡Ay Dios! ¿qué desdicha es ésta? Perdida estoy, dulce esposo. Si corre por vuestra cuenta el volver por vuestro honor y yo soy esposa vuestra, libradme deste peligro, que ha visto el lobo la oveja, y si no me guardáis vos os ha de quitar la presa.

FRANC. Dadme, mi esposa, esos brazos, seré venturosa hiedra de tu cuello.

(Va á abrazarla, hace que no la ve, ni Lillo tampoco.)

LILLO. ¡Ay tal suceso!

FRANC. Juana mía!, más ¿qué es della? Lillo: ¿qué se hizo mi bien?

LILLO. No sé pardiós; ó lo sueñas, ó estoy cual suelo borracho, ó hay brujas en esta tierra. Ella se ha vuelto invisible.

FRANC. Cara esposa: ¿así me dejas?

SANTA. Mi Dios: bien sabéis burlaros de quien ofenderos piensa.

Aquí estoy y no me ven; voime, pues los ojos ciega mi esposo destos perdidos. A fe, divina clemencia, que hacéis muy buen guarda damas. (Vase.)

ESCENA XIV

DICHOS, menos LA SANTA.

FRANC. Mi bien, mi querida prenda: ¿qué es esto? ¿adónde te has ido? Dame esos brazos, no seas cruel conmigo.

(Va á abrazar á Lillo.)

LILLO. ¡Arre allá!

¿Adónde diablos te pegas?

¿A mí los brazos? ¿No ves que soy hembra y no soy hembra?

FRANC. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

LILLO. Señor: ¿si acaso las setas que comimos nos han vuelto boca abajo las mulleras?

¿Qué Urganda nos ha encantado para enseñarnos quimeras semejantes? Si has leído á Urganda, ¿no se te acuerda del anillo de Brunelo con que Angélica la bella se hacía invisible? Par Dios que si tú Orlando ser piensas que te la ha dado á mamar.

Quiero entrar, Francisco santo,
donde con vuestra librea
compuesta el alma se vea,
y aunque no merezco tanto
hacéis vos mi dicha cierta,
pues os tengo por patrón;
quiero ir á hacer oración,
pues está la iglesia abierta.

(Al tiempo que quiere entrar cantan dentro.)

(Cantan.) Norabuena venga
Juana á mi casa,
que la tierra se alegra
y el cielo canta.

SANTA. Músicos divinos:
si mercedes tantas
hace vuestro dueño
á sus desposadas,
dichosa mil veces
y rica otras tantas
la que sus deseos
le ofrece y consagra.

(Cantan.) Entra á desposarte
con Dios, que te aguardan
de Francisco santo
las humildes galas.

SANTA. Temo justamente
conforme á la traza
y traje en que vengo
que mis esperanzas
no sean admitidas.
Virgen soberana:
pues por Madre os tengo,
allanad la entrada.

(Cantan.) Paloma escogida:
tu esposo te llama
para aposentarte
dentro de su alma.

ESCENA XVII

Salen LA ABADESA y LA MAESTRA DE NOVICIAS.—
LA SANTA.

ABADESA. ¿Qué música celestial
con maravilla tan nueva
nuestros sentidos se lleva
tras sí?

SANTA. ¡Dichoso sayal,
cuyas entretelas son
la seda y brocados finos
de favores tan divinos!
Ensánchese el corazón
con tan venturoso estado.

MAESTRA. ¡Oh música soberana!
¿Quién puede ser esta Juana
á quien el cielo ha cantado
motetes de su venida?

SANTA. Esta la prelada es
de este convento.—Esos pies
en quien consiste mi vida
bese mi boca.

ABADESA. Señor:
alzad; ¿eso habéis de hacer?

SANTA. Una mísera mujer
os pide gracia y favor.

MAESTRA. ¿Vos mujer?

SANTA. Este disfraz
de mi casa me destierra,
donde el mundo me hizo guerra,
y vengo á buscar la paz.
A Dios, vuestro esposo, madre,
di de mi dueño el renombre;
quiso después, con un hombre,
que me casase, mi padre;
y por último remedio,
con el vestido que veis,
vengo á que ayuda me deis.
Atrevido ha sido el medio;
mas Dios, que todo lo allana,
los estorbos allanó
que el demonio me ofreció.

ABADESA. ¿Cómo es vuestro nombre?

SANTA. Juana.

MAESTRA. Este es el mismo que el cielo
con regocijos festeja.

ABADESA. Aunque confusa me deja
y con notable recelo
el veros, hija, llegar
de ese modo, la intención
puesta ya en ejecución,
es digna de ponderar.
El alma me pronostica
las virtudes que encubris
con que á enriquecer venis
esta casa, que estáis rica
de los bienes celestiales
que en ella son menester.
Hoy os hemos de poner
las estimadas señales
que Francisco nos dejó
á las esposas de Cristo.

SANTA. ¿Cómo el contento resisto?
¿Cómo el gozo no salió
á agradecer tanto bien
por la boca y por los ojos?
Ya cesaron mis enojos;
cesó mi temor también.

ESCENA XVIII

Salen JUAN VÁZQUEZ, JUAN MATEO y FRANCISCO
LOARTE.—DICHAS.

JUAN. Aquí sin duda ha de estar;
porque en este Monasterio
intentó desde la cuna
ser monja. Permita el cielo
que mi presencia la obligue
á que, mudando deseos,
no me dé triste vejez.

FRANC. Contadme los dos por muerto
si no quiere ser mi esposa.

MATEO. Aquí está en el traje mismo
que sospechamos en casa
cuando salió de Toledo.

JUAN. ¿Qué es esto, hija de mis ojos?

FRANC. Dulce esposa: ¿cómo es esto?

MATEO. Sobrina: ¿así nos dejáis?

JUAN. ¿Las canas de un triste viejo
que te dió el ser y la vida
desprecias? El corto tiempo

que he de vivir, hija Juana,
¿es bien que viva muriendo?
No me dió más hijos Dios;
contigo vivía contento;
en ti á tu madre miraba
por ser tu rostro su espejo.
Tú eras, si estaba triste,
mi regalo, mi deseo,
mocedad de mi vejez,
de mi enfermedad remedio.
¿A quién dejaré mi hacienda
si me dejas y te dejas?

MATEO. Mi muerte es cierta sin ti,
pues vivo porque te veo.
Hija, compañera, madre,
que esto y más contigo tengo,
¿tu padre quieres matar?
¿este pago será bueno?

SANTA. Sobrina: mirad que Dios
quiere se haga el mandamiento
de los padres, y que os manda
que le obedezcáis al vuestro.

FRANC. Casada podéis servirle,
que en el dulce casamiento
del matrimonio mil santos
os pueden servir de ejemplo.

SANTA. Esposa del alma mía,
reina de mis pensamientos,
mira que yo te di el alma;
por el alma ó por ti vengo.

FRANC. Si mis quejas no te obligan,
si no te ablandan mis ruegos,
en tu presencia he de darme
la muerte, que estoy sin seso.

SANTA. Mi hacienda, mis padres nobles
están, los brazos abiertos,
aguardándote en Illescas;
¿por qué con tal menoscabo
quieres que mi muerte lloren?

FRANC. Padre: á Dios por padre tengo;
tío: Dios solo es mi tío;
Dios es mi esposo y mi dueño;
Francisco Loarte: aquí
determino morir; esto
os tengo de responder.

JUAN. Dios lo quiere y yo lo quiero.
Eso no; no quiere Dios
que á tu mismo padre viejo
mates, siendo tú el verdugo.

FRANC. Madres: perdonad si os llevo
lo que es mi hacienda por fuerza.
(Quiere llevarla por fuerza y La Santa
se abraza á las monjas.)

ABADESA. Señor: resistir al cielo
es pecado.

JUAN. Has de venir,
ó haré locuras y excesos.
Madres: ¿así me dejáis?

SANTA. Mi Dios, mi esposo, si es cierto
que son de los malhechores
sagrado asilo los templos,
¿por qué á mí no han de valerme?

FRANC. En sagrado estoy, ¿qué es esto?
Mi Dios: Iglesia me llamo.
¡Aquí del Rey y del cielo,
que de la Iglesia me sacan!
Francisco: el hábito vuestro

ha de librarme esta vez;
cordón: sed vos mi remedio.
¿No sois vos embajador,
Francisco, de Cristo mismo,
y el rey de armas de su casa,
pues en vos las suyas vemos?

MAESTRA. De casa de embajadores
no sacan á ningún preso;
pues defendedme, Francisco,
que os quiebran los privilegios.

ABADESA. ¿Hay más virtud en el mundo?
No quiera el piadoso cielo
que de nuestra casa salga
el tesoro que tenemos.

MATEO. Hermano: volved en vos,
dejad injustos extremos.
Dios por suya á Juana escoge;
Dios quiere ser vuestro yerno.

JUAN. ¿Queréis vos ir contra Dios?
No sé quién me ablanda el pecho
y su dureza derrite;
pero el amor todo es fuego.

FRANC. No quiero á Dios ofender;
suyo es todo cuanto tengo;
sírvese con todo Dios,
pues ya lo mejor le entrego.

SANTA. Mi bendición y la suya,
hija, os alcance.
Ya beso
esos pies, agradecida.

FRANC. ¡Ay, Dios: cuán vanas salieron
mis marchitas esperanzas!
MAESTRA. Sosegad, señor.

FRANC. No puedo
ni podré mientras que viva.
ABADESA. Vamos, hija, y os daremos
el hábito venturoso
de Francisco.

SANTA. Mi contento
se cumplió de todo punto.
ABADESA. Para que se cumpla el vuestro
esperad todos un rato,
y veréis á Juana presto
adornada con las galas
de su desposado eterno.

(Vanse las tres.)

ESCENA XIX

DICHOS, menos LA SANTA, LA ABADESA y LA MAESTRA
DE NOVICIAS.

JUAN. Señor Francisco Loarte:
aquí el más sano consejo
es ver que, si Juana os deja,
no es por otro hombre del suelo,
sino por Dios; ya lo veis
las ventajas que os ha hecho
Dios, vuestro competidor.

FRANC. Dejadme, que no hay consuelo
que mis tormentos aplaque.

MATEO. ¿Cómo un hombre tan discreto
así se deja llevar
del tropel de sus deseos?

FRANC. No puedo más, que estoy loco.
Pues mi esposa hermosa pierdo,

piérdase con ella todo:
fuera vida, fuera seso:
huyan los hombres de mí.
Sosegaos.

JUAN.
FRANC.

Soy el infierno,
¿cómo queréis que sosiegue?
Huid de mí: ¡fuego, fuego!

(Vase.)

ESCENA XX

DICHOS, menos FRANCISCO DE LOARTE.

MATEO.
JUAN.

¡Qué lástima!
Sabe Dios
lo que su desdicha siento;
mas El lo remediará,
pues por su causa se ha hecho.

ESCENA XXI

Salen LA ABADESA, LA MAESTRA DE NOVICIAS
y LA SANTA, de monja.—DICHOS.

SANTA.

¡Qué alegre y compuesta salgo!
Pedid, padre, á mi contento
albricias; este es brocado;
no es, padre, sayal grosero.
Cristo es ya mi Esposo, tío;
dentro del alma le tengo.
Reina soy, porque El es Rey;
vos, padre, veréis sus reinos.

JUAN.

Las lágrimas á los ojos
salen, mi Juana, al encuentro
para darte el parabién
del nuevo estado.

SANTA.

¡Y qué nuevo!
El alma me ha renovado.

MATEO.

De manera me enternezco
que no puedo hablar de gozo;
mas darte los brazos puedo.

SANTA.

Padre y señor: esto baste,
que estamos perdiendo el tiempo
y reñiráme mi Esposo,
porque es celoso en extremo;
ya no soy mía; adiós, padre.

ABADESA.

La grande virtud contemplo
que encierra este serafín.

MAESTR.

Grandes cosas della espero.

SANTA.

Dadme los brazos y adiós.

JUAN.

¡Hija mía: que te dejol

(Vanse los dos.)

ESCENA XXII

DICHOS, menos JUAN VÁZQUEZ y JUAN MATEO.

SANTA.

Bien guardada me dejáis,
en el cielo nos veremos.
Madre Abadesa: si gusta
vuestra caridad, pretendo
dar sólo gracias á Dios
por la merced que me ha hecho.

ABADESA.

Su Maestra de Novicias
se la dará.

MAESTR.

Vuelva luego
al noviciado.

SANTA.

Sí haré.

MAESTR. ¡Hay tal ángel!

ABADESA.

Es un cielo.

(Vanse las dos.)

ESCENA XXIII

LA SANTA; luego SANTO DOMINGO y SAN FRANCISCO.

SANTA.

Mi Dios: de casa soy ya;
ya los huéspedes se fueron,
aquí siempre ha de durar
el pan de la boda eterno.
¡Qué dello os he de servir!
¡Qué palabras, qué requiebros
os piensa decir el alma!
Mas ¡válgame Dios! ¿qué es esto?

Música arriba y aparécense entre unas
nubes Santo Domingo y San Francisco con
sus llagas.

S. FRANC.

¿Conóceme, hija mía?

SANTA.

¿Si estoy en mí? ¿Si no duermo?
Vos sois mi Francisco santo,
á quien por padre obedezco.

DOMINGO.

¿Y yo?

SANTA.

Sois Santo Domingo,
cuyos pies sagrados beso,
por honra de nuestra España
que dió tal Guzmán al suelo.

DOMINGO.

El gran padre San Francisco,
á quien por hermano tengo,
y yo, Juana, competimos
con amorosos extremos
sobre cuya hija has de ser;
yo en mi favor alego

que ser mía pretendiste
en mi amado Monasterio
El Real, que ilustra mi nombre
y tanto estima Toledo,
y á quien tan devota fuiste.

¿Esto, mi Juana, no es cierto?
Sí, mi Padre.

SANTA.

DOMINGO.

Pues ¿qué esperas?
Ven.

S. FRANC.

Eso no, Padre nuestro;
ella se vino á mi casa,
la posesión suya tengo.
Ya se vistió mi pobreza,
mía es; mas con todo eso
escoja; en su voluntad
su elección y gusto dejo.

DOMINGO.

Niña: mi hábito recibe;
ya ves los santos que dieron
hoy al mundo de mi Orden;
ya sabes lo que te quiero.
Este escapulario blanco
es de la pureza ejemplo
que á Dios su virginidad
consagra; el hábito negro
es el luto por el mundo,
pues que para ti ya es muerto.
La devoción del Rosario
que ves adornar mi cuello,
de mi Orden es. ¿Qué aguardas?
Paga el amor que te muestro
con tomar mi hábito santo.

S. FRANC. Juana: aunque el mío es grosero,

tú escogiste su humildad;
mira cuál te agrada éstos,
que yo gusto de tu gusto,
porque conozco tu pecho.

SANTA.

Divino Predicador:
perdonad si veis que dejo
vuestra sagrada blancura
por estos pobres remiendos,
que, como las cinco llagas,
aunque pobre, guarnecieron
con sus rubíes el sayal
de Francisco, es ya sin precio.
Dios es mi esposo, Domingo;
si á Dios en Francisco veo,
para estar siempre con Dios
estar con Francisco tengo.

(A San Francisco.)

Vos sois mi santo, mi padre,
mi refugio, mi remedio,
mi regalo, mi descanso,
y así vuestro sayal quiero.

S. FRANC.

Mia ha sido la victoria.

DOMINGO.

Yo estos brazos os ofrezco,
mi carísimo Francisco,
en señal del vencimiento.

(Abrázanse los dos Santos y encúbrense.)

SANTA.

¡Oh, soberana visión!
Mi llagado, alegre quedo.
Juana, holgaos; alegraos, Juana.

ESCENA XXIV

Sale la MAESTRA.—LA SANTA.

MAESTR.

¿Hermana?

SANTA.

¿Madre?

MAESTR.

¿Qué es esto?

¿Cómo da voces así?

Guardará un año silencio,
sin que á más que al confesor
pueda hablar.

SANTA.

Yo la obedezco.

MAESTR.

Del oro de su obediencia
probar los quilates quiero.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen LA MAESTRA DE NOVICIAS y SOROR MARÍA
EVANGELISTA.

MAESTR.

Confieso desta mujer
la virtud más excelente
que puede en un alma haber,
y confieso juntamente
que mi verdugo ha de ser.
¿Ves lo que toda la casa
la quiere? ¿Ves lo que pasa
en su fe, en su mansedumbre?
Todo me da pesadumbre,

todo me inquieta y abrasa.
Su humildad conmigo lidia;
cuanto tú más la celebras
más me cansa y me fastidia,
porque todas las culebras
me atormentan de la envidia.
Dos años ha que tomó
el hábito, siendo yo,
por mi desdicha, maestra
de las virtudes que muestra,
y en ellas se adelantó
de modo que, por mi daño,
mi pesar cubro y engaño
y en ella á Dios reverencio.
Guardar la mandé silencio,
y ya sabes que en un año
no habló palabra.

EVANGEL.

Si vieses
lo que Dios por ella ha hecho,
yo te digo que no hicieses
esos extremos. Al pecho
de su madre, de dos meses,
la mostró en mil ocasiones
el cielo revelaciones
que te hubieran admirado
á habérselas escuchado
como yo en sus recreaciones.
Desde que nació, los viernes
ayunó; y á quien Dios da
los favores que disciernes,
¿qué daño hacerle podrá
tu pesar?

MAESTR.

No me gobiernes,
que es la envidia pestilencia
del seso y de la paciencia
y temo...

EVANGEL.

¿Qué hay que temer?

MAESTR.

Que esta Juana me ha de hacer
con su virtud competencia.
Deseo ser Abadesa,
como sabes, desta casa.

EVANGEL.

Pues ¿de una recién profesa
que en la cocina ahora pasa
su vida, temes?

MAESTR.

Sí, que esa
mis intentos desvanece,
porque al paso que ella crece,
mi esperanza, amiga, mengua;
no sé qué tiene en la lengua
que cuando habla me parece
que, á mi pesar, se levanta
con el Monasterio todo
por ser su sencillez tanta
y amarla todas de modo
que ya la tienen por santa
y no estiman mis lisonjas.

EVANGEL.

Las virtudes son esponjas
que las voluntades beben.

MAESTR.

Las tuyas temo que aprueben
de tal manera las monjas
que, aunque me pese, la elijan
por Abadesa después;
mira si es bien que me rijan
mis pesares.

EVANGEL.

No les des
ese nombre, ni te aflijan,
que es muy moza para eso.

MAESTR. Donde hay santidad y seso hay vejez.

EVANGEL. Dices verdad.

MAESTR. Luego no le falta edad, aunque es moza.

EVANGEL. Lo confieso; mas mira que viene aquí.

MAESTR. Mis malas entrañas culpo.

EVANGEL. Que era la envidia lei de la condición del pulpo, que se está royendo á sí.

ESCENA II

Sale LA SANTA con un barreñón de barro.—DICHAS.

SANTA

Ya ha dos años, mi Dios, que entré cohtenta en vuestro real palacio por criada; libros tenéis de cuenta en que la entrada del que os viene á servir, Señor, se asienta.

Camino es esta vida, el mundo venta; en ella es bien que quede averiguada la nuestra, porque al fin de la jornada sepáis que soy mujer de buena cuenta.

Después que vuestro pan, mi Cristo, como, os sirvo en la cocina, y no me ciega la bajeza y desprecio de este trato,

Porque dice Francisco, el mayordomo, que quien en vuestra casa platos friega con Vos se asienta y come en vuestro plato,

MAESTR. ¡Ay, soror Evangelista! Todo aquello es santo y bueno, pero para mí es veneno que entra al alma por la vista.

EVANGEL. Para mí es gloria.

(Cae y quiebra el barreñón.)

SANTA. ¡Ay mi Dios! Caí, y háseme quebrado, el barreñón... ¡Ah tiznado...!

¿Mas que andáis por aquí vos?

EVANGEL. La orza quebró

MAESTR. Quisiera que el corazón se quebrara, porque quieta me dejara.

EVANGEL. Madre, no diga eso.

MAESTR. Espera, verás lo que hace.

SANTA. Pues bien: ¿ha de alabarse el tiñoso que ha salido victorioso de Juana? Eso no, mi bien.

¿Queréis que el convento entienda lo para poco que soy, y digan que en él estoy para quebrarles su hacienda?

(Junta los pedazos é hincase de rodillas.)

No, mi Dios, que es el convento muy pobre. Esposo querido, aunque lo que agora os pido declare mi atrevimiento, á fe que me habéis de dar mi rota vasija entera, aquí-vuestra esposa espera;

no me veréis levantar de la oración que os consagro hasta que os venza su instancia; que, aunque es de poca importancia, y es bien que cualquier milagro por grande ocasión se haga, en cosas pocas, Señor, se muestra más el amor, porque de todo se paga. San Benito, ¿no pidió á vuestro amor excesivo le sanádes un cribo que á su amo romper vió? Yo, pues, también hago alarde de vuestra piedad divina; acabad, que la cocina me aguarda (mi Dios) y es tarde.

(Sale un barreño nuevo en lugar del quebrado.)

EVANGEL. ¿Has visto tal maravilla?

Di, madre, ¿qué te parece?

Así el cielo favorece á quien le sirve y se humilla.

MAESTR. Espántame lo que he visto.

EVANGEL. Juana de la Cruz es santa.

SANTA. ¡Lindo amante hacéis mi Cristo! Una cosa os he de dar por merced tan soberana que yo me sé.

MAESTR. Soror Juana, ¿dónde va?

SANTA. Madre, á fregar.

MAESTR. ¿No quebró ese barreñón?

Pues ¿cómo está entero y sano?

SANTA. Lo que echó á perder mi mano sanó Dios en la oración, que hace milagros por ella al paso de la esperanza.

MAESTR. Pues qué, ¿tanto, hermana, alcanza con Dios? Diga, ¿quién es ella para que á su intercesión se haga cosa importante?

Vanagloriosa, arrogante, ya sé que estas cosas son hechicerías; ya sé quién es; álcese; ¿qué llora?

(Hincase en tierra llorando.)

SANTA. Soy la herencia pecadora; no se espante si pequé; deme los pies y perdona.

MAESTR. ¿Los pies la había yo de dar?

SANTA. Besaré, pues, el lugar y tierra donde los pone.

(Besa la tierra.)

EVANGEL. ¡Qué humildad tan soberanal

MAESTR. ¡Ay, soror Evangelista! No hay quien mi envidia resista; vamos. *(Vanse.)*

ESCENA III

Quédase LA SANTA postrada en tierra.

SANTA. ¿Qué es aquesto, Juana? ¿Qué arrogancia es esta vuestra? ¿Qué altivez y frenesí?

Mas diréis que no es así. Pues lo dice la Maestra, verdad es; yo os sacaré la soberbia y hinchazón, cuerpo vil y fanfarrón, á azotes; así os tendré postrado en este lugar hasta que la Madre os vea y que sois humilde crea dár-dos los pies á besar; que no es en vos ahora nuevo esto de la gloria vana. Mas yo os castigaré.

ESCENA IV

Levantándola el ANGEL DE LA GUARDA.

ANGEL. Juana.

SANTA. ¡Ay Dios, qué hermoso mancebo!

ANGEL. El Angel soy de tu guarda que he venido á consolarte; yo propio he de levantarte.

SANTA. El temor que me acobarda viendo tan grande beldad, Angel, no me deja hablaros, porque vuestros rayos claros, esa hermosa majestad me ciegan; que de los pajes sois vos del Rey, mi señor, que con tanto resplandor viste á quien tira sus gajes.

Dichoso el que asiste allá libre de esta confusión; si tales los pajes son, ¿qué tal el Señor será?

¿Hay más extraña belleza? Pues la humana cortesía llama al señor señoría, y al Príncipe y Rey Alteza; desde hoy mi lengua procura, ayo mío venturoso

(pues sois tan bello y hermoso), llamaros Vuestra Hermosura. Este título he de daros, mas no os habéis de partir, que ya no podré vivir, Angel mío, sin miraros.

ANGEL. Dios quiere que hables conmigo siempre que hablarme quisieres dondequiera que estuvieres, y como á hermano y amigo me veas y comuniques.

SANTA. ¡Gran favor! Ya mi paciencia llevará mejor la ausencia de mi Dios, cuando me expliques su celestial señorío, porque mis penas reporte la grandeza de su corte y su amor, custodio mío.

¿Qué gloria que he de tener! ¡qué contenta que he de estar! ¡qué dello os he de tratar! Porque no hay gloria y placer para un alma que se abraza en la ausencia de su amante,

como hablar dél cada instante con la gente de su casa. Esta en que estás te encomienda nuestra Reina soberana; tú la has de gobernar, Juana, tu protección la defiende; que después que la pastora Inés se dejó vencer del mundo, como mujer, la Reina, nuestra señora, á su Hijo soberano pidió que al mundo en viase quien su casa gobernase; y su poderosa mano te crió para este fin, conforme á su Madre dijo Cristo tu esposo y su Hijo. Aquí has de hacer un jardín de plantas, cuya hermosura la del cielo ha de adornar; aquí tienes de plantar el voto de la clausura, que por no guardarle Inés ni sus monjas se perdieron, aunque penitencia hicieron y se salvaron después.

SANTA. Hoy te harán, Juana, tornera. Angel santo: no hay en mí bastantes fuerzas.

ANGEL. Así lo quiere Dios; dél espera ayuda y fuerza segura.

SANTA. A servirle me provoco, que todo se me hace poco yendo con Vuestra Hermosura.

(Vanse.)

ESCENA V

Salen Gil llorando y LLORENTE.

LLORENT. ¿Un hombre tien de llorar aunque le den más enojos?

GIL. ¿No tienen los hombres ojos?

LLORENT. Sí, sólo para mirar; no para que al llanto acudan, porque no es hombre el que llora.

GIL. No lloran los míos agora, Llorente.

LLORENT. Pues ¿qué hacen? Sudan.

GIL. Cuando mi Elvira murió (que Dios haya), no lloré, aunque, como veis, la amé; porque con ella expiró el recelo que hace guerra al que una mujer percura guardar; que no está segura sino es debajo la tierra.

LLORENT. Pero en tan triste ocasión, no os espante que me aflija de ver cuál está mi hija.

LLORENT. ¿Por un mal de corazón habéis de llorar así?

GIL. Mal de corazón ¿es barro? Si fuera tos ó catarro no hubiera tristeza en mí; pero mal de corazón, ¿á quién no lastimará?